

FORTIFICACIONES SARRACENAS

Manuel Castaño y Montijano

(Publicado en "Toledo Revista de Arte", n.º 68, febrero de 1917)

Una ligera ojeada a la historia de la invasión sarracena, nos da idea del estado de anarquía, rebelión y conspiración constantes en que latía el pueblo musulmán, y la gran desconfianza en que se veían siempre los emires, respecto a sus vasallos; y por eso vemos en el proceso histórico de la Fortificación, que en esta época viene a ella una nueva faz o periodo, traducido en nuevos órganos y procedimientos defensivos, también de *desconfianza*; porque al fortificar una plaza, tenían que tener en cuenta, además de los ataques exteriores, las sorpresas, asaltos y ataques interiores de la ciudad, por parte de los rebeldes, o infidelidades de los alcaides.

Así se ve que los árabes, en la fortificación de sus ciudades, no empleaban uno o varios recintos continuos, sino que acumulaban las defensas en las puertas y los puentes, a cuya inmediación construían los alcázares o palacios-castillos, residencias del jefe encargado de la defensa de la plaza, por ser los puntos más débiles o comprometidos; y en el paraje más elevado *la alcazaba* o último reducto, refugio final del asedio y prisión de los cautivos, o de los magnates de quienes desconfiaban.

En esas fortalezas de las puertas se observan dobles almenajes lo mismo hacia adentro que hacia fuera y buheras¹, o sea ventanas

¹ Mariátegui, en su "Glosario de vocablos antiguos de Arquitectura" dice que *Buhera* y *Buhedera* son voces sinónimas. Almirante, en su "Diccionario Militar", da la misma acepción a la voz...

encima de la puerta y en los torreones inmediatos, para arrojar desde ellas proyectiles y materias inflamadas y batir el pie de la obra; es decir, órganos activos. Prefieren también en ellas las torres de planta cuadrada, porque desde sus caras resultan los tiros más fijantes y dan más holgura en las plataformas, para establecer en ellas las calderas en que hervían el agua, aceite o pez, con que abrasaban a los asaltantes.

Ordinariamente, adosada a la puerta principal, construían la *plaza de armas*: patio cerrado por altos muros con doble almenaje también, y buheras, con torres más altas en los ángulos; y otra puerta de acceso a la ciudad, no frente a la principal, sino en uno de los costados, para que así, al entrar el enemigo por aquélla y buscar la salida por ésta, presentaran la espalda a los de arriba y los pudieran herir a mansalva.

En una de las caras interiores de la puerta, abrían una poterna estrecha con una escalera recta o de

caracol, que daba acceso a la cámara o estancia principal de la guarnición, cuya poterna servía para las reacciones ofensivas, y caso que el asaltante osara penetrar por ella, era fácilmente rechazado, pues como no tenía frente más que para un solo hombre, fácilmente lo mataban y servían su cadáver de tapón para que no pasasen más.

También en el centro de la puerta se colgaba la *puerta del peine*, que se dejaba caer al penetrar los enemigos y quedaban encerrados como en una ratonera.

En la Puerta vieja de Bisagra de Toledo (que debió tener la plaza de armas a la derecha entrando), se pueden apreciar varios de estos órganos activos y pasivos, y es notable por la *mala intención* de algunos disimulados que contiene, como por ejemplo: en la cara izquierda de la torre en que está abierto el arco exterior (mirando desde el campo) existe otro arco al parecer de descarga. Como allí hay

...*Buhera* que es la de *Buharda*, siendo cosas muy distintas en términos de la antigua Fortificación; pues *buharda* o *cadahalso*, era un balcón de madera postizo, que insistía sobre unas puentes o viguetas que se empotraban en unos mechinales *ad hoc*, cuyo objeto era batir desde arriba el pie del muro. Como eran fáciles de incendiar, en el siglo XIV, fueron sustituidos por unos garitones paralelepípedicos permanentes, de mampostería, sobre ménsulas o modillones de sillería, llamados *matacanes* o *ladroneras*. Véanse en la Puerta del Sol y en el Castillo de San Servando.

un rincón muy fácil de escalar, el enemigo que fuera incauto trataría de hacerlo, pero ese *hipócrita* arco está tapando un *matacán*, primera idea de él, desde el cual los de arriba darían buena cuenta de los atacantes. Otra sorpresa de éstos era la poterna interior a la derecha entrando, que no era como en las demás puertas de su género, la de las reacciones que antes decíamos, pues ésta está en la cara interior que mira a la ciudad, sino una *gatera* por la que había de subir agachado el infeliz que lo intentase, cuya cabeza seguramente quedaría segada o aplastada por el hacha o maza del centinela que en la escalera estuviese. Era una especie de guillotina.

Tiene esta puerta en el arco exterior, una particularidad: atraviesa su herradura un enorme monolito, que le sirve de dintel, y en donde están las quicialeras de las hojas de madera, que debió tener blindadas con planchas de hierro, encima del cual aparece un gran vano; ¿fue éste para que sirviera también de buhera?, ¿o tuvo allí una celosía de barrotes que hicieran el efecto de saeteras?

Los árabes, en la construcción de sus murallas, aprovecharon los si-

llares y piedras labradas de antiguas edificaciones ciclópeas, romas y visigodas, y cuando carecían de ellas, empleaban su peculiar mampostería de gran solidez y resistencia.

Consistía ella, en un lecho de piedras de un pie de alto, sin labor alguna, tal como salía de la cantera, buscando para el paramento la cara más lisa, acuñadas con cantos más chicos, trabajo todo con cal y afirmado a golpes de martillo; colocando de trecho en trecho largas piedras del ancho del muro que les sirvieran de llaves o engrapes. Una vez enrasado este lecho, extendían sobre él otro de ladrillo cogido también con cal; sobre éste, otro lecho de piedras, y así sucesivamente. Este muro, formando un solo y macizo cuerpo de obra, al hacer asiento, no sufría agrietamiento alguno y además ofrecía una fuerte resistencia al ariete, a la barra y al pico.

En los muros de los edificios interiores de las poblaciones, como alcázares, mezquitas y palacios particulares, que no habían de temer más que a los asaltos de los rebeldes y sublevados, a los que se les suponía desprovistos de máquinas

demoledoras, empleaban la misma mampostería, pero con objeto de economizar cal, trababan los materiales con barro y las juntas o llagas del paramento las cogían con cal, a cuya mampostería llamaban almojaire; o bien empleaban cajones de tapias de tierra, reforzados con cadenas y verdugadas de ladrillo².

La estrechura y tortuosidad de las calles en las poblaciones musulmanas, no era por capricho o mal gusto estético, pues bien acreditado han dejado el exquisito gusto que les distinguía en su bella ornamentación. Era pos sistema, obedeciendo siempre a una obsesión de desconfianza y temor, ante la cual sacrificaban la comodidad y hermosura del conjunto de la ciudad. Disponían el trazado y dirección de las calles de una manera calculada para que al agrupar las casas en manzanas, resultaran con condiciones flanqueantes, para que no quedase ningún punto fuera que no pudiera ser batido desde los ajimeces, aleros, miradores y alminares, estrechando a su vez las calles para facilitar por los tejados el paso fácil de una a otra manzanas. A las caras les daban toda la ventilación y luz

por la parte interior con amplios patios, azoteas y corredores, sin abrir en los muros exteriores más huecos que los necesarios para las armas arrojadizas, dotándolos por arriba de saledizos con agujeros, que hacían las veces de matacanes para batir el pie de aquéllos.

El plan que se proponían con esto, no era otro que el de formar una espesa red de mallar irregulares en las que se enredase, confundiese y atropellase el que osara penetrar en ella sin conocerla de antemano, y aunque la conociese, resultase siempre copado y sin libertad de movimientos ni para avanzar ni retroceder, bajo una lluvia de proyectiles, a la par que acometido por todas las encrucijadas.

De otra obra de importancia de origen árabe, debemos ocuparnos; que luego fue adoptada por castellanos, portugueses y francos; que significa un progreso en el arte de fortificar, por su carácter ofensivo, que hacía convertir al atacante en atacado.

Pero antes de pasar a describirla, séanos permitido enviar nuestra

² Todavía los albañiles de Toledo emplean el mampuesto de almojaire cuando quieren economizar cal.

más calurosa felicitación al que en nuestros días ha venido a precisar su nombre; porque ostensible estaba esta obra de defensa y ataque en varias fortalezas de la Edad Media, pero desconocíamos su denominación, hasta que el sabio e infatigable arqueólogo-militar Teniente Coronel de Infantería D. Manuel González Simancas nos lo ha venido a decir, después de mucho estudiar, registrar y comparar obras y códices antiguos y publicarlo en su excelente libro titulado "*Plazas de Guerra y Castillos medioevales de la frontera de Portugal*". El vocablo a que aludimos es el de coracha, que yacía olvidado y desconocido de los tratadistas militares hasta que lo ha venido a resucitar el erudito autor citado.

Es la *coracha*, un espolón sobresaliente del recinto de una plaza situada en una altura; compuesto de uno o dos muros paralelos, trazado generalmente en sig-zag, con un torreón terminal en un precipicio o margen de río, y algunas veces con otros torreones intermedios.

Dio origen a ese aditamento de la coracha por parte de los árabes, el nuevo procedimiento de ataque que adoptaron los castellanos y del que nos ocuparemos en lugar oportuno; que para evitarlo idearon el medio con ella, de cortar la zona polémica en sectores, para impedir el cerco completo de la plaza, y para si atacaban o asaltaban el recinto, presentasen los agresores la espalda o el flanco de la coracha, quedándose dentro de una tenaza, y si embestían a ésta, como su traza era atenazada, quedaban en peor situación que atacando a la cortina.

En algunas corachas, como la que cita el referido autor del puente del *Baño de la Caba* de Toledo, las defensas ofensivas de que antes hablamos, estaban auxiliadas por los disparos y salidas de la cabeza o torre del puente, que para eso tiene, pues la conserva, una poterna por la parte inferior debajo del puente³.

También es pertinente decir algo de una novedad que trajeron los almorávides de Marruecos,

³ Esta coracha tiene una puerta de arco rebajado tapiada, que era por donde subía el camino militar a la Plaza, observándose aún restos de su calzada, que iba a desembocar a la explanada que está a la entrada del puente de San Martín, y estaba perfectamente discurrida; pues el enemigo que subiera por ella, tenía que forzar esa puerta y presentar su flanco izquierdo al recinto y su espalda a la coracha, caso que lograra atravesarla.

procedente del Oriente; y es la almena con merlones escalonados; ideados para apoyar en los escalones el arco horizontalmente y fijar mejor la puntería de la flecha; pero se propagó muy poco; primero, porque dejaba al arquero sin bastante masa cubridora y a los merlones muy poco resistentes a los grandes proyectiles; y segundo, porque más tarde, cuando el regreso de las cruzadas, se introdujo el uso de la ballesta, con lo que se lograba lo que se proponían, con la almena escalonada. Estos coronamientos, siguieron empleándose los los árabes dentro de las poblaciones; pero como motivos de de-

coración, para remate de portadas, mezquitas, palacios y cercas de jardines.

Como hemos podido observar en todo lo expuesto, en este primer periodo de la arquitectura sarracénica y de reconquista cristiana, evolucionó la fortificación en sentido progresivo; perdiendo aquella pasividad meramente defensiva; de las épocas fenicia, cartaginesa, romana y visigótica, viniéndose a adoptar órganos activos altamente ofensivos, que permitían al defensor los contraataques y repulsiones del atacante y dificultaban los asedios, aproches, asaltos y sorpresas.

